

David Konstan convierte esta obra en paradigma de cómo a través de un estudio filológico del léxico se puede indagar en conceptos de tanto calado sociológico y teológico como es el “pecado”, diferente a lo que se puede entender como “mal”, “crimen”, “error moral”, con los que, a veces, se identifica, pero cada uno tiene su especificidad. Con este análisis comprueba cómo aún hoy se pueden extraer nuevas conclusiones no reflejadas en otras monografías sobre el tema.

A través del estudio del vocabulario, el autor va a indagar sobre el concepto de “pecado” en ámbitos sociales tan diferentes como el mundo griego y romano, el del Antiguo Testamento, el Neotestamentario y el del cristianismo antiguo. Se pregunta qué define “el pecado” y con su análisis desvela cómo el concepto de pecado difiere en las diferentes sociedades y épocas. Se pregunta también quién es sujeto de pecado, en qué consiste, si hubo o no un primer pecado del que participó toda la humanidad, si es posible el perdón del pecado y qué posibles acciones puede el hombre realizar para tal fin.

Estudia en el primer capítulo qué es lo que se entiende por “pecado” en el mundo griego y en el romano. Para ello ofrece una selección de textos que van desde Homero, pasando por la tragedia, por la filosofía platónica y aristotélica, por algunas corrientes religiosas como el orfismo, por historiadores como Tucídides y Polibio, por los filósofos helenísticos, hasta autores destacados del mundo romano. Observa que en el mundo griego, como en el romano, hay conciencia de la acción “pecaminosa”, realizada por una obcecación infundida por la divinidad o por la transgresión de la ley divina, pero en un sistema politeísta detectar la transgresión es más complicado por cuanto que los dioses griegos con frecuencia no se ponen de acuerdo, aunque habría consenso en determinar esas “leyes no escritas”, a las que Antígona invoca y que podrían identificarse con las leyes universales a las que Platón se refiere en sus *Leyes* y sobre las que Tucídides y Aristóteles escriben. Dado que la palabra usada en la *Septuaginta* y en el Nuevo Testamento para designar el “pecado” es el término *ἁμαρτία*, examina las ocurrencias de este vocablo en buen número de muestras de todos los géneros de la literatura griega. El verbo *ἁμαρτάνω*, del que proceden los sustantivos *ἁμαρτία* y *ἡμάρτεμα*, expresa el “errar en el tiro”, de ahí “errar” o “fallar”, no siempre con connotaciones religiosas. Así aparece en las *Leyes* de Platón (2.660, a) o en la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles (7.4, 1148, a3). También Konstan estudia las inscripciones de “confesión” y las de “reconciliación”, que nos acercan al sentido griego de pecado como “polución”, así como las leyes sagradas y ciertos códigos de conducta que existieron, pero que no estaban bien codificados en el marco religioso de la sociedad helénica y se oponían a la imagen del distanciamiento de la divinidad respecto a los hombres que tuvieron, por ejemplo, Epicuro o Lucrecio.

En el capítulo segundo, dedicado a los textos del Antiguo Testamento, estudia los términos que pueden indicar “pecado” en hebreo y detecta que el vocablo *hata* del hebreo, traducido por *ἁμαρτία* en la *Septuaginta*, es el que designa al vocablo “pecado” en el AT. Para la acción de Adán y Eva de comer del fruto del árbol prohibido no se usa este término. Se usa, en cambio, para la acción que comete Caín con su hermano Abel. Esto podría dar respuesta a quienes se preguntan si pudo haber pecado en Adán y Eva antes de distinguir el bien y el mal. Después de revisar un muy considerable número de textos, se da cuenta de que el término hebreo *hata* siempre se refiere a una transgresión del pacto con Dios, lo que se interpreta como un abandono de Dios, y se sustancia, sobre todo, en el culto a dioses extranjeros y en la adoración a ídolos por parte de los israelitas, que es el único pueblo que tiene un pacto con Dios, y, por tanto, es el único en poder contravenirlo. No obstante, de acuerdo con los textos, en el AT hay posibilidad

de remisión si se confiesa el “pecado” y hay remordimiento. Si no es así Dios castiga con sufrimientos diversos. El perdón sólo puede proceder de Dios.

El capítulo tercero se dedica a la noción de pecado en el NT y al sentido que Jesús le dio. Comienza Konstan por examinar el texto de la curación del paralítico (Mc 2.1-12), en el que se resalta la fe del enfermo y sus portadores y el perdón de sus pecados. Esta va a ser la secuencia de la mayoría de los textos analizados: enfermedad, fe en Jesús, curación y perdón de los pecados. No aparece ni la confesión de los mismos ni la constante necesidad de arrepentimiento. Konstan hace hincapié en la narrativa y en lo extraordinario del milagro, pues ello contribuye a la confianza en Jesús. El mismo proceso se observa en otros milagros. No hay en ellos rupturas de pactos, ni temor a los ídolos, sólo se pide fe, esto es, confianza. La infidelidad o falta de confianza se considera “pecado”, pero para su perdón basta con una transformación de corazón y la confianza en Él. El autor presenta los testimonios de los evangelistas y después los de Pablo. Creemos que conservar el orden cronológico de los textos hubiera dado luz al concepto de “pecado”, visto desde el judaísmo helenizado de Pablo y de su concepción de la Ley, para llegar a la clara percepción que Jesús tiene de la fe como confianza en su persona y de la transformación de mente y corazón, como único requisito para el perdón de los que han estado apartados de él.

El cuarto capítulo versa sobre los Padres de la Iglesia y los Rabinos y cómo evoluciona con ellos el concepto de “pecado”. En este capítulo nos hubiera gustado ver los testimonios de los Padres Apostólicos o que se informara de las razones por las que no se tratan. Se comienza con los comentarios a Gálatas de S. Ambrosio y S. Agustín, para seguir con San Justino, luego Clemente de Alejandría, Cipriano de Cartago, Tertuliano y de nuevo San Agustín. Con ellos quiere el autor seguir la transformación del concepto de “pecado” desde Jesús hasta cómo se concibe en nuestros días, debido a la interpretación de los Padres, a la traducción de San Jerónimo y a la evolución social del cristianismo. Se vuelve a finales del s. I al concepto veterotestamentario de confesión, ausente en los evangelios y Casiano introduce diferenciaciones entre “pecado mortal”, “pecado venial” y “pecado original”. Finalmente, Konstan hace una exposición del concepto de “pecado” en el judaísmo desde Filón, Rabí Akiba e Ismael. En su conjunto, este último y amplio capítulo, que aborda más de seis siglos de cristianismo, y sobre el que se podría escribir otro libro, merecería ser repensado en próximas ediciones, por mor de una mayor claridad de la evolución del concepto de “pecado” en la Patrística y para resaltar todas las ideas que el capítulo contiene.

En suma, el libro aborda un concepto tan relevante como el de “pecado” a través del análisis léxico y extiende su interés desde la filología a la teología y a la sociología, aportando nuevas y clarificadoras ideas en estos ámbitos. Es un claro ejemplo de las aportaciones que brinda el análisis de los textos originales y de su vocabulario en un libro que debe ser leído por todo aquel que se interese en el judaísmo y, sobre todo, en el cristianismo antiguo. Por él debemos felicitar tanto al autor como al editor por ofrecernos un libro imprescindible para la historia de las religiones.

Mercedes López Salvá
Universidad Complutense de Madrid
melsa@ucm.es